

BALAS Y PASTILLAS



El timbre de la casa sonaba en la cabeza de Hernán como un taladro que empieza y se detiene una y otra vez.

Era domingo en la tarde. Nadie debía estar timbrando, pues nadie solía visitarlo desde que su esposa, Leonor, murió. La única persona que vivía con él era la empleada del servicio, pero como era fin de semana ella había salido el sábado y no debía volver sino hasta el lunes. En esas salidas, la empleada compraba las raciones de la semana, entre esas las dosis de cannabis que Hernán solía fumar.

El timbre volvió a sonar.

Para Hernán, Leonor no había muerto diez años atrás. Él seguía conversando todas las tardes, con té en mano, sobre los programas de televisión, la muerte de algún conocido y sus hijos, con Leonor. Sin embargo, desde que el psiquiatra, al que sus hijos lo habían enviado, le recetó esas pastillas, Leonor no había vuelto y Hernán, días atrás, había decidido dejar de tomárselas, pues intuía que esa era la razón de su ausencia.

Un nuevo timbre. Hernán, cansado del sonido, se paró e intentó desde la ventana ver quién era la persona detrás de la puerta. No lograba ver a nadie. Un sentimiento en él, empezó a crecer. ¿Alguien quiere hacerle daño? ¿Será que vinieron por él? Con los reflejos empegotados por culpa del cannabis,

Hernán se puso a buscar una vieja Colbert que le habían regalado muchísimos años atrás cuando le contó a su mejor amigo que sentía que lo estaban persiguiendo. La encontró en una despensa, junto a las galletas. “¿Por qué Leonor habrá puesto la pistola acá?”, se preguntó.

Abrió la puerta y no encontró a nadie.



En la noche, despertó de un largo sueño en el que se sumió después de abrir la puerta y descubrir que no había nadie. A su lado, como si estuviera reposando, estaba la pistola. El timbre empezó a sonar de nuevo. Caía como un aguacero lleno de furia sobre sus oídos. Antes de que Hernán pudiera decidirse, el timbre se fundió. Ah, qué calma, pensó Hernán. Empezaron los golpes secos sobre la puerta. Ahora sí, llegaron por mí, empezó decir en voz alta.

Hernán agarró su pistola. Se fijó que las balas estuvieran en el tambor. Caminó hacia la puerta y antes de que un golpe más aterrizara sobre la madera, abrió. Sin darle opción de nada al mismísimo tiempo, Hernán apretó el gatillo y disparó. El sonido inundó la silenciosa y oscura noche. Al subir la mirada, vio como las bolsas del supermercado caían al piso y la empleada del servicio se tocaba el abdomen en el que una mancha roja empezaba a crecer en forma de flor.

¡BANG!